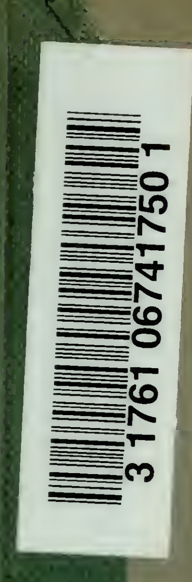


Canalejas, Francisco de Paula
La poesía dramática en España

LA

POESÍA DRAMÁTICA EN ESPAÑA

DISCURSO PRONUNCIADO

POR

D. FRANCISCO DE PAULA CANALEJAS

EN EL ATENEO DE MADRID

LA NOCHE DEL 27 DE MAYO DE 1876

MADRID
IMPRENTA Á CARGO DE VÍCTOR SAIZ
COLEGIATA, 6.
1876

LA POESÍA DRAMÁTICA EN ESPAÑA.

LA

POESÍA DRAMÁTICA EN ESPAÑA

DISCURSO PRONUNCIADO

POR

D. FRANCISCO DE PAULA CANALEJAS

EN EL ATENEO DE MADRID

LA NOCHE DEL 27 DE MAYO DE 1876

MADRID
IMPRENTA Á CARGO DE VÍCTOR SAIZ
COLEGIATA, 6.


LIBRARY
FEB 5 1964
UNIVERSITY OF TORONTO

LA POESÍA DRAMÀTICA EN ESPAÑA.

SEÑORES:

Si no fuera tan propio de este instituto el modo admirable con que se exponen y quilatan las teorías que engendra en todas las esferas la actividad del siglo, encomiaría yo la discusion que pretendo resumir, recordando la pluma ingeniosa y ática del Sr. Alcalá Galiano al afear el espíritu y las costumbres de esta edad, en su sentir tan prosaica; la inagotable vena del Sr. Vidart, que busca por impulso natural la paradoja, como si sólo lo imposible á los más fuera adecuado á su ingenio original y agudo; la abundosa palabra del Sr. Revilla, que fluye vistosísima, reflejando la creciente vivacidad de su ingenio vario y profundo, como verdadero ingenio greco-latino; la chispeante y desenfadada fantasía del Sr. Valera, mal avenida con toda regla y disciplina, pero siempre guiada por gusto exquisito y selecta lectura; la facundia deslumbradora del señor Fernandez Jimenez, que acierta á fundir en frase castiza las lineas esmaltes y colores del genio

oriental, que lo encantó allá en su edad primera en los camarines de la Alhambra; la vivacidad siempre oportuna, fácil y elegante del Sr. Rodriguez Correa; la severa concision y profundo sentido del insigne poeta Nuñez de Arce; la brillante vehemencia del Sr. Montoro, rico en inspiraciones, siempre que pone su atencion en las nobilísimas ideas de ciencia, libertad y progreso; la hermosa promesa de ciencia y buen gusto literario con que se nos anunció en su aplaudido discurso el Sr. Reus; las atinadas observaciones del Sr. Burel, y la copiosa erudicion y clarísimo juicio del Sr. Menendez Rayon; pero excuso el elogio, porque el caso es comun y se repite de continuo en las discusiones ya afamadas de esta ilustre casa.

Oradores tan eruditos y discretos como los que he recordado trataron de poner en punto de verdad, si el teatro español contemporáneo se encuentra en triste decadencia; y dado que así fuera, se afanaron por inquirir modos y trazas para remediar el mal, devolviéndole su antiguo esplendor y lozanía. Los más nos han pintado tristísimo cuadro, advirtiendo punto por punto los desaciertos en que incurren los poetas, los pecados contra el arte que absuelve el público con impremeditado aplauso, la tosquedad de la forma, lo trivial de la fábula y hasta la repugnante glorificacion de casos y personas que á los ojos de la moral ménos severa merecen toda censura. Y discurriendo sobre los motivos y causas de esta decadencia, quién acusaba la falta de idealidad en esta raza, quién miraba la ruina de las antiguas creencias, y la falta de fe como la verdadera razon del hecho; quién se revolvía contra esa informe mo-

notonía de la vida, de las costumbres y hasta de los trajes, regidos por ordenanzas imperiosas, y acusaba el predominio de las industrias que pedían ley y norma al vapor y á la electricidad de esa exclusion del accidente en la existencia, que matando toda originalidad, impedía la espontánea revelacion del sentimiento que estalla en presencia de lo inesperado. El cuadro, al compas que adelantaba la discusion, iba ennegreciéndose.—Sin fe, sin creencias, sin ideales, sin impulsos, floja y desmayada, grosera y sensual esta generacion, había sido condenada por el genio del arte á vagar en aquellos crepúsculos que unen lo trivial con lo indigno, lo prosaico con lo vulgar y grosero, despertando sólo la *vis* satírica de Juvenales y Marciales ó el tedio y el profundo menosprecio de Shelley ó Byron. Esta vida moderna está desnuda de toda belleza; ni artes ni ciencias, ni entusiasmos ardientes, ni apasionamientos exaltados, colorean ni estimulan la oscura, turbia y cenagosa corriente que forma la civilizacion moderna de nuestra España en su callada corrida al Océano del olvido!

Profundamente me apenaba el cuadro; y me apenaba, no porque gracias á Dios fuera pintura exacta de la realidad, sino porque era á mis ojos elocuentísima manifestacion del triste pesimismo que se infiltra en el alma y en la vida de estas generaciones contemporáneas, cuyo desencanto es tan profundo y cuyas amarguras son tan crueles que se me antojan dolores infantiles los de Lara y Werther, Rene y Rafael que en otros dias nos apesadumbraban. El desconsuelo, el afan y el dolor de Werther ó Chatterton, como el de tantos otros genios igno-

rados que se asfixiaban en el torbellino de inauditas sinfonías que brotaban incandescentes pero calladas de su inflamado genio, obedecían á una aspiracion artística. Era el sentimiento del escultor que entreveía la hermosa estatua que se escondía en los bruscos ángulos y toscas superficies é impaciente golpeaba y maldecía el mármol bruto; pero el pesimismo contemporáneo ahoga en el interior la mirada inteligente y creadora para no mirar ni fuera ni dentro sino maldad y corrupcion, desfallecimiento é impotencia, dolor eternamente fecundo en nuevos dolores, negacion fecundísima en negaciones que como sombras y sudarios cubren el mundo del arte y de la virtud, de la vida y de la inteligencia.

¡Y áun cuando algo existiera fuera de nosotros capaz de esplendor y de lozanía, la ingénita decrepitud de estas generaciones, hartas de ideales y saturadas de quimeras, y la vil postracion de su voluntad, cansada de querer escalar los cielos, harian que se perdieran esos esplendores como meteoros luminosos en noche nublada!

Yo no sé de qué fuentes se origina este estado psicológico de la generacion moderna, y áun cuando lo supiera, no es del momento desentrañarlo; pero es un hecho, un fenómeno general en la crítica y juicio de cuanto ocurre. Todo es decadencia al decir de las gentes: ni lengua, ni arte, ni ciencias, ni política, ni instituciones, ni extravíos de esta época son cosas que puedan sostener el parangon con lo pasado ó con lo que gozan otros países. Y no sólo la decadencia es misérrima, sino que ni anuncios existen de remedio.

¡Oh, señores! permitidme que lo diga: este pesi-

mismo individualista es falso; es falso este sentimentalismo egoista é hipocondriaco. Habituados por una viciosa educacion social y política á referir á nuestra individualidad los términos de bondad, belleza y perfeccion de cuanto nos rodea; midiendo siempre por nuestro gusto ó por nuestras aspiraciones el ordenamiento de las cosas y su historia, nos avezamos, á veces sin advertirlo, á someter á nuestra situacion de edad, condicion, carácter ó de agitacion sentimental, el juicio del mundo externo; y á manera del niño apetecemos una eterna juventud y un eterno florecimiento de ideas y de cosas que nos complazcan y deleiten, porque el mundo concluye y el arte acaba, y espira la ciencia en el punto que se amengua y debilita, nuestra augusta y atrabiliaria personalidad!

No hay error más profundo. En vano ha sido blanco de epigramas y de sátiras. Ahora renace, y renace orgulloso apoyado en la deificacion de la individualidad.

Si no refiriéramos á nuestra fugaz existencia la duracion de las edades; si consideramos el lapso, siquiera de dos generaciones, términos necesarios para definir una decadencia literaria, ¿cómo hablar de la del teatro en España? ¿Cómo comparar el cuadro que nos presentaba el *Café*, con el que *componen* Breton, Gutierrez, Hartzenbusch, Gil y Zárate, Martinez de la Rosa, los Asquerinos, Rubí, Vega, Tamayo, Sanz, Ayala, Nuñez de Arce, Dacarrete, Hurtado, Guerra, Eguilaz, etc., etc., y tantos otros, que si ocupan puesto subalterno en la historia del teatro español, no valen ménos que los más afamados escritores de los teatros contemporáneos de

Francia, Inglaterra, Italia y Alemania? Cierto que la crónica literaria del último ó de los últimos lustros acusa escasa originalidad en el poema dramático. Cierto que, conturbados por accidentes gravísimos en el órden político ó en el religioso, el público y los poetas desatienden la inspiracion regular y estética para buscar olvido y esparcimiento en farsas histriónicas ó en aparatos y maquinarias escénicas; pero el caso no autoriza para tachar de decadente la literatura dramática ni por pervertido el gusto de nuestro público.

Diez ó quince años, decía el Sr. Montoro, de ensayos infelices y de tentativas no bastan para estimar como terminado el período glorioso que va desde 1830 á 1865, y mucho ménos cuando este período sigue al verdaderamente decadente que se extiende desde 1700 á 1830. ¿Cabe en artes ni en ciencias, en costumbres morales y políticas el paralelo entre el pasado y el presente siglo, sin que al anuncio del paraledo no resalte como gloriosísimo el actual? ¿Qué era de las ciencias, qué de las artes, qué de la poesía y el teatro en ese largo eclipse de la genial inspiracion española, que ocupa mucho más de una centuria y que termina con la renovacion interior de la vida nacional que provoca la guerra de la Independencia?

¿Dónde la decadencia en los últimos cincuenta años? Los hechos que estima la crítica severa é imparcial, y no entristecida é hipocondriaca, nos dicen que acontece con los pueblos lo que observamos en los individuos. Al negarse, por opresion tiránica el derecho ó la libertad, renacen y acuden al corazon y al entendimiento las energías todas que

constituyen su existencia y que le da opcion á una vida propia, independiente y libre. Así acudieron al espíritu de nuestro pueblo todas sus energías al sentir sobre sí la mano extranjera, y su fantasía se renovó; como adquirieron bríos é inspiraciones su ánimo y su corazon, mantenidos por cuanto había sobrevivido en el naufragio de la vida nacional en los dias de los admiradores de la corte de Luis XIV. La renovacion palpitó con los acentos de Quintana, con sus tragedias; con los estudios románticos de Martinez de la Rosa; con la rehabilitacion del gusto nacional por Agustin Durán; con las expansiones lírico-nacionales de Gallego, Frias y Rivas; con las imitaciones de Espronceda; y coincidió venturosamente con el gusto romántico que difundian por Europa Víctor Hugo y los comentadores del célebre prefacio de Cromwell.

De aquí la excelencia y altos caracteres de la literatura contemporánea española. Vivificada, creada de nuevo nuestra nacionalidad por el impulso potente de la guerra de la Independencia, el arte se desnudaba de la camisola de fuerza que le vistiera la crítica galo-clásica. Hubiera quizá quedado el impulso en un renacimiento del teatro antiguo, cuando el programa romántico le ofreció el espacio en que podía libremente tender sus alas, y le mostró los vastos cielos á que podía dirigir su vuelo.

Notad el carácter que reviste el llamado romanticismo en el breve y agitado período que abraza su aparicion, su protesta y su triunfo, en el arte y en la crítica. Si nació de estas ó aquellas tendencias en Goethe y Schiller; si lo difundieron con estos ó aquellos propósitos los críticos alemanes desde

Lessing hasta los hermanos Schlegel, pasando por Herder, Novalís y Tieck, no importa á nuestro asunto; pero en son de protesta aparece en el libro nunca olvidado de Mad. Stael, y en son de protesta contra la literatura imperial corre por Italia y Francia en el reinado de Napoleon el Grande.

Era una protesta enérgica contra el cánon literario, contra el exclusivismo artístico; una invocacion ardiente á la espontaneidad del genio; una proclamacion entusiasta de la universalidad de la belleza confesándola en Homero y en los Nibelungos, en Píndaro y en el Romancero, en Eurípides y en Shakspeare, de manera que quedaban rotos todos los moldes, enaltecidos por el gusto académico imperial ó real, pero quedaban vivos todos los tipos de hermosura que en alas de su inspiracion había creado el genio poético desde Isaías á Byron, desde Job á Alfredo de Musset.

Que se seguiría de este triunfo en los primeros momentos de la victoria ese impremeditado y natural entusiasmo, que en todas las cosas origina extravios y exageraciones, no hay para qué decirlo; que se corregiría este extravío; que fomentaron todas las exageraciones; que se procuró templar la exaltacion, todo ello son pasos muy propios de la naturaleza humana, y que en las esferas se representaron por nombres ilustres y por obras muy aplaudidas.

Y no creo como el Sr. Vidart que el romanticismo era un renacimiento de ideales ya sepultados por el peso de la historia; no creo que el romanticismo fuera una evocacion arqueológica de la Edad Media con sus castillos y torneos, sus ventanas góticas, caste-

llanas sensibles y melancólicos pajes. Era mucho más que eso, era la reivindicacion de la libertad del arte, y al traves de las fábulas de Walter Scott, Dumas, Manzoni y Hugo fermentaba esta espontaneidad desconocida y negada por los glosadores de Aristóteles, Boileau y Vida. Desde Catilina á Chatterton, desde los Burgraves á Cristina de Suecia, pasando por Lucrecia, Marion, Luis XI y Enrique III, no la historia feudal, sino la historia entera, sirvió de campo y vestidura al genio del arte romántico.— El gran Hegel estimó el arte romántico en este sentido, considerando su forma como la propia y genuina de la Edad cristiana, entendiendo que era un momento necesario y glorioso de la vida estética de la humanidad.

El mundo del arte era tan vasto, tantas las estrellas que guiaban con luz esplendorosa, que no es de extrañar que en mil direcciones partieran deseosos de gloria, los nuevos poetas. ¿Cabe confundir los *Amantes de Teruel* con *El Trovador*, *El Trovador* con *Don Alvaro* ó *Guzman el Bueno?* ¿El drama histórico de Zorrilla se asemeja á los cuadros históricos de D. Cárlos el Hechizado? *¿El hombre de mundo* guarda parentesco con *Marcela* ó con *La rueda de la fortuna? ¿El tejado de vidrio* ó *La bola de nieve* se asemejan á *Borrascas del corazon*, *Angela* ó *Magdalena?* No: ¿señalan esos títulos una variedad tal en la poesía escénica, no indican tan diversos criterios y formas tan múltiples de inspiracion, que es ese período rico vivero de gérmenes fecundos, cuya granazon y florecimiento requiere tiempo y espacio?—No son el drama ni la comedia en sus tradicionales y conocidas formas, es la comedia dramá-

tica y de carácter sentimental ó crítica, histórica ó de costumbres, de fábula sencilla ó complicada, de tropel y boato, ó modesta y discretísima; es el drama trágico ó cómico, de pasion ó épico, dando plaza á los hechos y peripecias históricas ó á las pasiones individuales reflejando idealidades y perversiones, heroismos ó vilezas reales ó posibles en la humana naturaleza.

No había sido tan múltiple y variada la dramática en el siglo XVII, con ser la más fecunda y original de la historia. La escuela novelista de Lope, continuada por Tirso, Moreto, Rojas, Montalban, Velez de Guevara y los más de los dramáticos que les sucedieron, dominó en la historia de nuestro teatro, y sólo el genio de Alarcon supo encontrar rumbo distinto en la pintura y exposicion del carácter, y el gran Calderon con el estudio de las pasiones y de los problemas que tocan al destino humano. Y el idealismo Calderoniano no tuvo discípulos ni imitadores en el siglo siguiente.

Cumple observar que el público no repugnó esta libertad en la inspiracion de nuestros poetas, y tuvo aplausos y coronas para Martinez de la Rosa y García Gutierrez, Hartzenbusch y Rubí, Ayala y Tamayo; para el *Rey Monge* y *Virginia*, *Edipo* y *Los Amantes de Teruel*; de suerte que la inspiracion campeaba con toda libertad, sin que se dieran aquellos tristísimos espectáculos que en la nacion vecina acompañaban á las primeras representaciones de *Hernani* y *Antony*.

Por estas dichosísimas bodas entre el renacimiento del espíritu nacional y la inspiracion artística del siglo, nuestro teatro consigue vida más du-

radera é inspiracion más fecunda que los otros teatros europeos en que el romanticismo se encontraba en pugna con sus tradiciones literarias. La docilidad de nuestro público y hasta la exaltacion con que se reflejaba en las costumbres la nueva vida artística justifican mis opiniones; y si los hechos que he recordado son ciertos, no encuentro la materia ni el asunto de la decadencia literaria y artística en nuestra España.

¿Han cambiado radicalmente estas condiciones de nuestros poetas y de nuestro público? ¿Afecta el gusto alguna tendencia exclusiva, constante, ante la cual sean impotentes la crítica y el genio? ¡Ah, no! El público que aplaude *El drama nuevo* y *La esposa del vengador*, y las comedias de Narciso Serra, *Lo positivo* y el *Tanto por ciento*, sin cuidar del espíritu artístico que anima á estas excelentes producciones, no es un público que merece los sarcásticos desdenes de la calenturienta musa de Chatterton.

¿Y por qué habrá de cambiar? ¿Por qué ha de mudar de tan radical manera, como yo escucho, en el corto número de años que van desde 1865 á 1875?

¡Han muerto los ideales!—escucho aún que repiten con elegíaco acento distinguidos oradores.—Los dioses ya no se van, sino que se han ido,—exclaman con amargura indecible críticos tan afamados como los Sres. Fernandez Jimenez, Alcalá Galiano y Vidart. No lo veo así. Lo que veo es que los ideales viven, y con vida que jamás gozaron. No son ya cifra y letra emblemática oculta en el santuario de que se aleja á los profanos; los ideales religiosos de los antiguos tiempos anidan ya en la inteligencia

individual y tocan á su razon, á su sentimiento, á su voluntad, imprimiendo movimientos y excitaciones adorables al espíritu. Lo que veo es que la fe pasiva se ha trocado en una actividad religiosa, escrutadora, diligente, inquieta, que busca libre camino para ascender, para volar, para postrarse, segun el arranque y la energía de cada alma; lo que veo es que el drama, el pathos, la vida, en una palabra, se ha infiltrado en la inteligencia y en la fe, provocando y sosteniendo rudas batallas en el fondo del alma, y saliendo alternativamente vencida ó vencedora. ¿Esto es morir los ideales? Esta lucha, semejante á la simbólica de Jacob, es fuente inagotable de pasion, de inspiracion y de poesía.

Es que hay negaciones y negaciones redondas.—Siempre las hubo, y por cierto que no son más claras las que hoy resuenan que las que leyeron nuestros abuelos en el Sistema de la naturaleza de *Las ruinas de Palmira* ó en el *Origen de los cultos.* Al contrario, esas negaciones no son hoy más que dudas en el terreno metafísico y lógico, y no tocan á los misterios del sentimiento, ni á las intuiciones de la fantasía, ni á los sobresaltos internos de la voluntad, sobre cuyos extremos los más audaces prorumpen en un melancólico «quizá», lo que basta y sobra para la vida estética. ¿No dan esas mismas negaciones escolásticas y académicas tipos y pasiones al arte, ofreciéndole rico venero de inspiracion? Desde *Nathan* hasta los monólogos de Rolla, ó las estrofas de Leopardi, ¿no ha sido y será esa fuente abundantísima de inspiracion artística? Los misterios, abjuraciones y arrepentimientos que engendran esas luchas, ¿no han sido y no serán cuadros y moi-

des para pintar caracteres ó para tejer fábulas?

No han muerto los ideales religiosos: viven como no han vivido nunca en España, porque palpitan animados y fecundos en la conciencia individual. No se han agotado, porque son inextinguibles, y eternamente aspirará el hombre á semejarse á lo divino, y eternamente un tipo de perfeccion encontrará eco simpático y fraternal en la conciencia del hombre.

Y si de los ideales religiosos pasamos á los morales, me servirían algunas de las ingeniosas censuras de los Sres. Vidart y Valera, sobre la novela y el teatro del siglo XVII, para sostener asimismo que son iguales y quizá más extremados los de estos tiempos comparados con los antiguos. El sentido moral, al forjar hoy el tipo del hombre, no se contenta con el ideal estóico, ni con el asceta, ni con el delineado por la casuística jesuítica ó jansenista, sino que suma todos aquellos elementos en una espontaneidad gallarda, confiada, serena, sin provechos de premio ni temores de castigo, perseverante en la abnegacion é inagotable en generosidad, bondad y amor á todo lo nacido. Cuando estos rasgos cristianos, propios de nuestra naturaleza, se dibujan en los caracteres, aplaudimos á Eguilaz y á sus imitadores, sin parar mientes en otros pecados contra el arte, lo que justifica la vitalidad de los ideales morales.

No vivos, sino vivísimos palpitan los ideales patrios, el genial hidalgo, aventurero y resuelto que constituye la base de nuestro carácter nacional. Por una idea mal definida, por la deificacion hiperbólica de una remembranza histórica, corren nuestras

muchedumbres á los llanos y á las montañas y dan generosamente sangre y vida, rompiendo en su exaltacion vínculos sacratísimos de familia y amistad. ¿Qué ha muerto en esta raza meridional? ¿Qué hay en lo pasado y en lo presente, y áun en lo futuro, que no enardezca nuestra sangre árabe y nos arrastre á predicarlo con la punta de una espada y en el fragor de un combate que se renueva como los accesos de una fiebre intermitente?

¿Qué entendeis por poesía los que tachais por prosáico este siglo en que sin cesar se anuda y reanuda un drama en el que expresamos las más exaltadas pasiones, llenando la plaza y el hogar con sangrientas catástrofes? ¿Qué mayor predominio de la fantasía en la vida quereis, que esta continuada sucesion de tragedias tenazmente mantenidas y renovadas? ¿Qué mayor grandeza estética que este menosprecio de la vida que inspira siempre á nuestro pueblo y le lleva á rendirlo al amor, al orgullo ó á la idealidad más quimérica que pueda fantasear un poeta?

¿De dónde el prosaismo? Si las invenciones y descubrimientos han acrecentado las facultades humanas y sorprendido misterios y declarado maravillas en la mecánica celeste y en el mundo de lo infinitamente pequeño, el genio artístico fecunda y decora aquellas invenciones que ensanchan los límites de lo inteligible; y si la regularidad de la vida social excluye el accidente inesperado en la encrucijada ó en despoblado, la mayor intimidad de la vida en casinos, ateneos y salones, suple con ventaja esos accidentes; que mayor y más profunda impresion nos causa una idea, una pasion, un rostro enigmáti-

co, que la punta de una espada de un encubierto ó la súplica del pordiosero de Gil Blas. ¡Regular y monótona nuestra existencia, cuando no sabemos si al pasar la vista por el diario que nos visita, al hojear el libro nuevo que cuotidianamente cae en nuestras manos, al escuchar á un orador, al departir con un amigo, hemos de dar con una idea ó con un sentimiento que nos enloquezca ó con un proyecto que nos arrastre á la perdicion!

No, la sociedad contemporánea es como ninguna adecuada á la poesía dramática, es el estado social que mejor cuadra al crecimiento y desarrollo de la poesía dramática en todos sus géneros y variedades. y por eso no puede decirse que está en decadencia el teatro español en la época presente.

¡Pero hace años que no resuenan vítores y aplausos en la escena!...

¡Qué española es la queja! Quisiéramos todos, como buenos y legítimos hijos de los asistentes al teatro de Lope, que diariamente anunciaran los carteles la comedia *nueva* de Tirso ó Alarcon, Velez ó Moreto; quisiéramos que, saboreada en dos ó tres representaciones, llegara el nuevo anuncio y se sucedieran *La Estrella de Sevilla* y *El Acero de Madrid*, á *La Moza del Cántaro*, ó *La Esclava de su Galan; El Perro del Hortelano*, *El Anzuelo de Fenisa* ó *La Villana de Vallecas*, al *Condenado por desconfiado* y *El Lindo Don Diego*, excitando aún de continuo con papeles y recados la inagotable facundia de aquellos monstruos de la naturaleza. ¡Así gozaron de la escena nuestros antepasados! ¡Bienaventurados ellos, porque de esa manera no gozó ninguna otra generacion de las habidas en la historia!

Si desaparecieron aquellos fecundísimos poetas, no desaparecieron los efectos de aquella fecundidad en el público español, y desde los dias de Calderon á los de Comella, y Moratin y á los nuestros, la voraz curiosidad del público ha sido el tormento de las empresas teatrales. A mi juicio, la queja de hoy es un eco perdido de aquella educacion y consiguiente hábito de nuestro pueblo. No pasa temporada en que no se aplaudan producciones dramáticas que en otros países conseguirían centenares de representaciones. Cierto que no son todas obras maestras de Tamayo, Ayala, García Gutierrez; cierto que no todas merecen grande aplauso, áun siendo de Echegaray, Nuñez de Arce, Hurtado, Dacarrete, Retes, etc; pero bastarían para que los críticos parisienses prorumpieran en vítores!

No le es posible al espíritu artístico caminar como el cuerpo: no se conoce la locomotora en el progreso y ascendimiento moral y artístico. Al andar el genio artístico debe crear el movimiento y el espacio en que se mueve, y no se da lo uno sin lo otro. No encuentra el poeta el mundo estético creado y radiante para que con juvenil alborozo lo recorra, lo goce y lo coseche. Es lenta, lentísima la germinacion y la florescencia. Siglos tarda la griega, y siglos de progreso. Pasan los doce primeros de la edad moderna, y casi termina el XIII ántes que florezcan los gérmenes creados en una cultura juvenil y vigorosa. Ocupan más de cien años los esfuerzos de la cultura germánica para granar en Goethe y Schiller; y siempre así, porque la creacion artística es palingenesiaca y necesita ámplias y extensas revoluciones del espíritu humano en torno de ideas

que le atraigan ó repelan, contribuyendo con su atraccion y su repulsion á fomentar su crecimiento de la vida y del arte.

Aún vive Víctor Hugo, y ayer murieron Byron y Musset, Leopardi, Dumas y Manzoni, y ¿es de creer ni de pensar siquiera que la actividad estética haya agotado el fecundo *proteismo* de la inspiracion más universal y ámplia que han escuchado los siglos.

¡Ah! ¿Creeis que el arte en su concepto fundamental es cosa diversa de la ciencia ó de la historia, y que si éstas requieren largos y extensos períodos para arraigarse y florecer, es el arte flor de cada primavera que debe renovarse de contínuo? No habeis salido aún de las escuelas filosóficas que ilustraron Kant y Hegel, los que marchais en son de vanguardia á la cabeza de la exploracion científica, y los más se alimentan aún del espiritualismo platónico ó aristotélico difundido por San Agustin, Santo Tomás, Descartes y Malebranche; no hemos acertado á entender la práctica de las inmortales máximas de la revolucion de 1789, y andamos á vueltas con ensayos y tentativas en el órden político; y ¿creeis que la inspiracion artística se ha agotado en ese momento, en esa fugaz palpitacion del tiempo en que vivís y que se os antoja edad decadente?

De otro lado, la estima del poema dramático no es hoy la que gozaba en el siglo XVII. Era entónces una fiesta popular, no una obra de arte. Vivia para la escena y en la escena, y no cuidaban ni Lope ni Moreto de respetar las fábulas anteriores y contemporáneas para tejer con los mismos datos nuevos argumentos, cuando no repetían los conocidos con

ligeras alteraciones. Hoy es una obra artística literaria y escénica.

¿Pero no podría acaecer que la decadencia que observamos en el teatro, y que no es privativa de nuestra escena sino que la europea y americana la acusan de igual manera, fuera natural efecto del crecimiento de las aspiraciones estéticas en el público y de la insuficiencia de la forma dramática para satisfacer aquellas aspiraciones, como si la grandeza de los asuntos propios del alma de este siglo no cupieran en los estrechos límites de la escena y de la representacion? Las formas artísticas convienen con los caracteres de las edades: cuadra á la juventud el canto épico y la epopeya; sirve la poesía lírica á la edad madura; quizá la dramática no sea la forma propia de estos tiempos, que pudieran llamarse de plenitud racional.

La duda expresada por la viril y profunda inteligencia que enaltece al distinguido poeta dramático Sr. Nuñez de Arce causó en mí la vacilacion que seguramente produjo en cuantos escucharon su severa y elocuente improvisacion. Pero meditado el caso, no lo entiendo así.

Creo que el ilustre poeta á que me he referido se desconsuela de este modo por estimar sólo bajo un aspecto el arte dramático, subordinando toda su esencia á la accion y al efecto de esta accion. La accion es muy principal elemento de la dramática, pero no es el esencial, el característico. La accion es un resultado, y sólo como la resultante de las fuerzas que se presentan en la escena es legítima. De otra manera incurriríamos en los excesos de la escuela novelista dramática, que siguió y popularizó

Lope de Vega, y que con singular fortuna reprodujo en nuestro siglo el afamado Scribe. ¿Cuáles son las fuerzas que engendran el movimiento, el *procesus* dramático, la accion, en una palabra? Los caracteres y las pasiones. ¿Y no ve mi ilustre amigo que al crear los caracteres y las pasiones en el momento sagrado y divino de la inspiracion, al crear caracteres humanos y pasiones humanas, condensa en este microcosmo humano lo que la religion, la ciencia, la vida, con todos sus modos y maneras de actividad, ha engendrado y puede engendrar en los vastos campos de lo pasado y en los infinitos de lo porvenir?

Representar un carácter, representar una pasion humana equivale á crear una faz de la humanidad de hoy, y necesariamente, ó la creacion queda informe y mal ligada y no acierta á salir del molde, ó es el conjunto abreviado y enérgicamente uno, de lo que la ciencia, la religion, las aspiraciones, los temores, las alegrías ó los sufrimientos de hoy han hecho del hombre y de la humanidad, ó lo que espera el poeta harán todas esas causas del hombre en la vida futura de la humanidad terrestre.

Cuando hay actos, y el hombre mata ó muere, sufre y llora ó hace llorar y sufrir, sabe lo que hace, y piensa, siente y quiere, y en la accion dramática va el pensamiento y el sentimiento del personaje. El crítico descompone esa síntesis artística, y analiza y descubre el pensamiento, el sentimiento, las dudas del pensamiento y las antimonias del sentimiento, segun la ley humana, en las palabras, en los gestos, en los ademanes del personaje que el poeta, como Dios, creó de golpe, fundiendo en unidad sublime todos los elementos.

Por eso las formas de la poesía dramática son tan flexibles y variadas y tan variada y flexible la accion dramática, y por ello entiendo que sólo en el estado paradisiaco y celeste, podrá holgar en la vida la representacion del eterno duelo y titánico combate que sostiene el hombre con lo divino y con lo infernal. No es anuncio la pretendida decadencia de la desaparicion del poema dramático. En el arte nada desaparece: cada belleza creada es inmortal una vez creada, y la dramática que expresa la forma social, forma necesaria é inherente á la naturaleza humana, vivirá en tanto existan las sociedades humanas, pasando, al compás que se agiganta la inspiracion, de las carretas de Tespis, de los enmascaramientos de las vendimias y de las danzas mímicas, á las fábulas familiares, á los teatros de Esquilo y Menandro, á las atclanas y á los mimos; de las representaciones litúrgicas en las naves y átrios de las iglesias ó los estrados de los palacios, á los tablados de Lope de Rueda; del bululú y la gangarilla, á los corrales de Lope y Alarcon ó á las fastuosas máquinas navales del estanque del Buen Retiro, á las lujosas salas palatinas, que escucharon á Molière y Corneille, á los coliseos modernos, ó al teatro de Beyrouth proyectado por Wagner, ó á otras fábricas más ámplias que el genio futuro imagine para alojar dignamente concepciones más grandiosas de los herederos de Sóphocles y Shakspeare, Esquilo y Calderon, Eurípides y Víctor Hugo.

No hay decadencia, se dirá, si en efecto una decadencia literaria exige para merecer ese nombre los extensos términos y proporciones que discretamente exigía el Sr. Montoro; pero es innegable

que en estos momentos el teatro contemporáneo no satisface las aspiraciones artísticas de nuestro público. Esto es cierto, y esta observacion es la causa generadora de esta interesante controversia.

Confieso que escucho con mal reprimido júbilo la especie de que no satisface el estado actual del teatro las aspiraciones artísticas de nuestro público, y que me embelesaba escuchando las agrias censuras de los oradores contra los actores, los poetas y contra el Estado, que desatiende y menosprecia la poesía escénica y el arte de la representacion.

¿Por qué? Porque una aspiracion enérgicamente sentida, decía ya San Agustin, es para el hombre. en el órden espiritual, prenda segura de gloriosísimo porvenir, promesa eficaz é indefectible de seguro cumplimiento.

¿Existe en efecto esa aspiracion? Pues no lo dudeis: el arte dramático gozará de verdadero siglo de oro.

Aquí sí que cuadra la cita del más grande de los pensadores españoles de este siglo, del ilustre Sanz del Rio, cuando pidió idealidad original al teatro contemporáneo. Todos advertimos que á raudales inundan las creencias y las ciencias de luces poéticas la vida actual; todos nos sentimos crecer rápidamente, gracias á esa educacion mutua de unas ciencias por otras, de unas razas por otras en el campo de la especulacion, de las intuiciones y de los arrobamientos; todos conocemos que el ideal del saber, del sentir, de la pasion, crece febrilmente de dia en dia, y se acaudalan y encienden nuestras condiciones y nuestros propósitos, siendo por momentos más inquieta y desasosegada nuestra activi-

dad espiritual, más exigente nuestro gusto, más exquisita nuestra sensibilidad.

Movido el pueblo por las corrientes magnéticas del progreso cumplido en las esferas de la actividad, quiere que el arte, el arte prócer, resuelva en las soberanas síntesis de la creacion estética las antinomías que hierven en la conciencia general, y que abra camino al sentimiento y vista con alas las intuiciones que se agitan entre convulsiones espantables en los últimos fondos de la razon. En arte como en ciencia, en ciencia como en religion, el alma del siglo aspira á más, quiere, obedeciendo á la ley dialéctica ingénita de su naturaleza, conocer más, sentir más, gozar mejor y de la manera soberana que cumple á su refinada cultura.

Es un momento solemne de la historia del arte, muy original, muy complicado y del mayor interes para la crítica estética. El gusto cada vez más delicado y sensible se educa rápidamente, y rápidamente se depura y ennoblece; y gracias á esta educacion, aspira á una belleza con tal inquietud y desasosiego, que lo asemejan al estado prévio del genio para la creacion. Espera, y espera con tal ansiedad, tan enamorado de su aspiracion, que se levanta sobre el mundo poético de las creaciones contemporáneas como si vislumbrara ya más alta y radiante aparicion del genio estético.

De aquí este otro fenómeno de psicología estética: el genio se espanta de las exigencias del gusto, vacila, se postra, lo adula, procura distraerlo, y hace unos años que no sabe ni qué se le pide ni dónde está la gloria. Viven García Gutierrez, Tamayo, Ayala y tantos otros, y no cantan, habeis dicho

todos, y el hecho era expresivo y elocuente. No son causas externas las que lo explican; para el poeta no hay más que causas internas, íntimas, estados psicológicos de su genio.

Poetas, verdaderos y aplaudidos poetas, en el vigor de la vida, que no cantan, es un fenómeno curioso y de interes para la crítica estética. No he escuchado secretas confidencias; pero visos y vislumbres encuentro en las palabras para penetrar en su conciencia artística, que no es un sagrado para la crítica recta y sana.

Es que el público, la colectividad, el género que impera en el estado magnético creado por la espectacion teatral, como que lleva en sí el alma de las edades, obedece dócilmente las leyes del progreso, y, sin darse cuenta de ello, se desata y desliga de toda preocupacion individual, buscando lo bello y gozándolo bajo todas las formas y en todo linaje de verdaderas inspiraciones. Esta cualidad le lleva á aplaudir lo que parece contradictorio, antagónico, inconciliable en las demas esferas de la existencia, pero que se funde en el poema por la unidad sublime de la belleza.

En el poeta, la individualidad del genio atenúa esa influencia universal, y se separa por la misma causa de las inspiraciones generales, colocándose no pocas veces, por las exigencias de su personalidad, en contradiccion abierta con las preferencias é impulsos de la sociedad contemporánea. Entónces, si es poeta lírico, imita á Jeremías, ó escribe con la pluma de Juvenal ó Barbier; si es poeta dramático, enmudece, como ha enmudecido el incomparable genio de Tamayo. En otras ocasiones, tur-

bada la fantasía del artista por la balumba de arquetipos y tipos estéticos que las ciencias, las artes y las alternativas de la vida engendran, vaga sin concierto y sin brújula, y estimando su fama y su nombre, calla, sentándose en el lindero del camino, esperando al sol que ha de disipar tantas tinieblas. Así Ayala, así Sanz, así García Gutierrez, así los más de nuestros preclaros ingenios. Entónces, como hoy sucede, queda el campo á los ensayos y tentativas de los noveles, ó á las empresas industriales de los despreocupados.

Pero son estos fenómenos pasajeros, nunca permanentes. Son síntomas propios del carácter del arte, y se originan en el delicado punto en que coincide la inspiracion personal con la del siglo. A la crítica literaria incumbe, no sólo flagelar á los intrusos, sino explicar esos estados psicólogicos del genio, infundirle alientos, señalando las nuevas y abundosas fuentes de inspiracion que trae el movimiento de los tiempos; mostrar el paulatino pero seguro crecimiento de las ideas madres, que lo son las del hombre, la naturaleza y la de Dios; descubrir cómo quedan siempre estas ideas madres en el fondo de todo gusto literario, y conservar y mantener en el público con todo encarecimiento el culto á lo bello, contra enloquecimientos pasajeros producidos por accidentes históricos.

El problema es, por lo tanto, de crítica literaria, é importa sobremanera definir la causa de esas vacilaciones é inquietudes de los poetas, fijando los caracteres estéticos esenciales del arte contemporáneo, para mostrar, despues de definidos, que no son más los fenómenos advertidos que natural y propio

efecto del período artístico en que nos encontramos, no por accidente, sino por la ley de la vida, por el desarrollo ineludible de la virtualidad artística al través de los términos, pasos, edades de su existencia. No basta decir arte romántico oponiendo la denominacion á arte clásico en el sentido de Hegel, ni decir arte cristiano; es necesario penetrar en la determinacion interna de la historia de ese arte romántico y cristiano; es preciso señalar sus períodos, advirtiendo sus calidades y condiciones, para preparar el futuro movimiento del arte romántico; es necesario que se orienten el arte y la crítica para conocer el punto en que nos encontramos, y sólo entónces navegaremos con rumbo seguro y norte fijo. Lo intentaré.

Al morir el arte clásico por la aparicion de las aspiraciones que fecundó el cristianismo, el nuevo arte recorrió el largo período que va desde el siglo V al XV al amparo y bajo la égida protectora del dogma enseñado por la Iglesia y difundido por ejércitos de santos, artistas y predicadores-poetas en las nacionalidades de Europa. En esta admirable edad de las catedrales, en estos siglos de la leyenda Aurea y de la Divina comedia, el fondo didáctico esencial y característico del arte cristiano se dijo en las artes plásticas y en las espirituales con la adorable vehemencia propia de la pasion religiosa más sincera y exaltada.

Este arte cristiano ortodoxo se perpetuó en España; sufrió en las peripecias de la Edad Media modificaciones, que si parecían externas y de pura forma, muy luégo conturbaron su pristina naturaleza, avezando el gusto y el genio á mayor horizonte; y des-

pues del Renacimiento, y corriendo por los siglos de Lutero y Descartes, Kant y Goethe, se presentó y es hoy arte heterodoxo.

Esta trasformacion del arte de ortodoxo en heterodoxo es crísis que atraviesa en todos los ciclos religiosos de las edades de la historia, y erró en mi sentir el ilustre Gioberti al estimarla como forma de la division de la historia en antigua y moderna. Se estudia en el arte oriental indo ó semita el fenómeno, de la misma manera que en el arte de Iran, y en el helénico y cristiano; y no sería difícil señalar los caracteres comparando á Esquilo y á Eurípides, á los Psalmos con el libro de Job.

El hecho es de mayor trascendencia cuanto más dogmática es la forma religiosa, cuanto más viva y universal es la cultura ortodoxa; y bajo esta ley no cabe negar que en la historia no hay evolucion más honda y fecunda en consecuencias que la del Cristianismo, porque no ha habido cultura ortodoxa más universal y acabada que la que presidió la Iglesia desde el Concilio Niceno á los últimos decenios del último siglo.

La espontánea expresion del hecho se adelanta en la vida real al reconocimiento del hecho por los doctos, como precede la creacion poética á la enseñanza del crítico. Esa germinacion del arte heterodoxo iniciada en los pueblos germánicos y sajones en el siglo XVIII, tuvo su declaracion en el movimiento romántico de los primeros lustros del actual, y conservando el espíritu cristiano y áun reanimando su esencia, proclamó la independencia del arte, sostuvo que el arte no servía sino á la belleza, discutió las relaciones entre la verdad, el bien

y la belleza, y así como la ciencia se afanaba por encontrar una nocion más alta y un conocimiento más íntimo y profundo de Dios, y la política un ideal de justicia, régimen y gobernacion de los pueblos más conforme con la ley moral, el arte iba tras una inspiracion más vasta y comprensiva que el arte litúrgico ó caballeresco, místico ó tomista de los siglos medios, más vivo y espontáneo que la exornativa y fastuosa inspiracion del Renacimiento, más real y humano que las atildadas tragedias del siglo de Luis XIV.

Recordad los tipos de Goethe y Schiller, á Manfredo, Lara, René; las creaciones de Hugo y Musset. Nicolini y Schelley; el Ahasverus de Quinet y la divina epopeya de Soumet; á Mickiewicz, los poemas de Lamartine, Jocelyn y la *Caida de un ángel;* á Heine; las novelas de Balzac ó Jorge Sand, como *Consuelo* y *Espiridion*, y comprendereis que, en efecto, invadieron el beatífico dominio del arte al grito de libertad, y bajo la bandera romántica, todas las inspiraciones que el movimiento intelectual de la época habia engendrado dentro y fuera de la ortodoxia religiosa.

Esta trasformacion del arte de ortodoxo en heterodoxo ofrece á los ojos de la crítica un cuadro semejante al que se presenta en la conciencia individual cuando cumple esa evolucion. Como quien recobra una libertad perdida, todo es regocijo y contento en los primeros momentos: el horizonte es más vasto; el alma se mueve gentil y gallardamente; descubre problemas y maravillas en lo que ántes no solicitaba su atencion; se aumentan sus ojos, sus oidos, sus manos; pero en cambio pierde el cánon,

la regla, la estrella mística que le aseguraba el aplauso y el asentimiento de la muchedumbre.

En el arte ortodoxo era fácil mover al espectador y al lector: el artista conocía préviamente fuentes de inspiraciones simpáticas (el ideal comun de que hablaba el Sr. Vidart), y acudia á ellas. Se encontraba, como el orador sagrado en la basílica, con un espíritu pronto y predispuesto á entender, amar y sentir las ideas y las emociones de las creaciones religiosas. El arte era una forma de culto, y el dramático conservaba su orígen litúrgico.

Cumplida la trasformacion, aquella fuente se agota: es preciso ir más al fondo, traspasar el ideal histórico y llegar al eterno; traspasar la creencia y llegar á la conciencia humana, perenne asiento de verdad, para que el espectador responda á la invocacion del artista. Es necesario mirar en su verdad esencial cuanto toca á Dios, á la Naturaleza y al Mundo; es absolutamente indispensable pedir el estudio, guia y direccion. No hay modelos que deban copiarse; no hay imitaciones ni tópicos en el arte heterodoxo. Es un arte inquisitivo, así como el ortodoxo era puramente demostrativo del ideal histórico y dogmático.

Lo que gana el arte heterodoxo en variedad; lo que consigue en libertad estimulando todas las facultades estéticas y moviéndolas todas en persecucion del ideal; los triunfos que logra desatando encantamientos y sortilegios para que la naturaleza toda y todo el espíritu sirva de teatro y de sujeto á la inspiracion artística, lo pierde en serena y tranquila contemplacion del ideal, en confianza y seguridad en los medios que emplea y de que se sirve.

Es de ley esta compensacion de unos caracteres por otros, y la crítica no debe pedir al arte heterodoxo los rasgos peculiares y exclusivos del ortodoxo, en cuyo error incurrían los Sres. Revilla, Fernandez Jimenez y Valera. Acontece en el arte heterodoxo lo que en los grandes maestros de la música sinfónica, en Haydn y Beethoven. Cada tiempo, cada frase anuncia un nuevo motivo musical con una exuberancia pasmosa. Raras veces se complace el artista en desarrollarlo y en tejer variaciones, como suele acontecer en otros maestros de ménos númen y originalidad. Así, el arte heterodoxo apunta un dia el motivo de Chateaubriand ó Walter-Scott; lo cambia á poco por el de Lamartine; acentúa el de Musset ó Hugo; combina con brío las notas de Byron y Goethe, y cada agitacion de la sociedad ó cada movimiento de la ciencia trunca y cambia el ritmo y la armonía. ¡Cuánto dista este arte heterodoxo de aquella solemne y admirable gradacion del arte cristiano que anuncia, en prosas y cantilenas piadosas, lo que, convertido en cantos de gesta y romances juglarescos, pasa á cantos épicos, que se trasforman despues en libros de caballería para originar aún poemas de poetas eruditos que ilustran el siglo XVI, sin que en toda esa admirable historia se altere el ideal de la caballería de Orlando ó la Tabla-redonda, al través del cronicon, del romance, del canto de Gesta, del poema primitivo, del libro de caballería ó del poema erudito de Boiardo ó Ariosto.

No es esa la condicion del arte heterodoxo; vive de la espontaneidad histórica y va donde le llevan las intuiciones de los tiempos. Por eso se desorienta

fácilmente y se pierde con frecuencia, buscando la originalidad en los laberintos de la inspiracion personal. Por eso es más necesaria la funcion de la crítica severa y nobilísima, no ménos ámplia y comprensiva en sus criterios que el arte, á cuyo triunfo y prosperidad consagra sus vigilias.

¡No faltarán cantos tristes y elegíacos, ni quizá inspiraciones que recuerden los dolores y angustias de los profetas bíblicos, al sentir la verdad visible y palpable de estos hechos, ni dulces recuerdos y apasionados suspiros por aquellos dias hermosos y santos del arte ortodoxo con sus varias y abundantes plegarias! Es natural que así sea, y la crítica serena é imparcial no lo extraña ni lo condena, porque el sentimiento elegíaco tiene en el arte y en la vida su puesto y su oficio; pero la ley de la vida es inexorable, y ni se altera ni conturba por los dolores individuales que levanta la ordenada sucesion de sus edades y períodos, de sus orígenes, florecimientos y decadencias. Al reconocer y confesar la crítica histórica que corre ya la edad del arte heterodoxo-cristiano, comedida y circunspecta, ni escribe lamentaciones por lo que fué ni invectivas contra lo que es; sino que, respetando la majestad del hecho, acepta viril y noblemente el empeño en que la coloca, y nos coloca á todos, la patria temporal en que vivimos; que hay tambien patria en el tiempo.

Insisto en creer que el gusto general había en este punto sacado ventaja á la crítica, y áun á la conciencia de nuestros artistas. Desde las beatíficas inspiraciones de Fra Angélico á las rientes y sensuales de Fortuny ó á las graves y severas de Ro-

sales ó Gisbert, el gusto público corrió gozoso, y disfruta el arte sin cuidar de su relacion con el dogma, y de igual suerte sigue á Tamayo ó á Echegaray, y aplaude desde *Edipo* y *Virginia* á la *Dama de las Camelias* y al *Tejado de Vidrio*, como encuentra lágrimas para las *Meditaciones* y *Armonías* de Lamartine ó para los cantos de Shelley ó Leopardi. No hay cánon, no hay molde, no hay dogma para el gusto público: el público abre de par en par las puertas de su alma, generosa y confiadamente, al arte, sabiendo que su pureza espiritual no puede temer atentados de parte de la belleza. En este sentido debe inspirarse la verdadera crítica: no hay cánon, no hay regla, no hay dogma de cuantos engendró la historia universal del espíritu humano; pero es cada dia más vivo y cada dia late y se declara con más fuerza en el seno de la humanidad la eterna regla, el cánon imperecedor, el divino y augusto dogma de la belleza inmortal y absoluta, que es á la vez inspiracion para el genio y ley y criterio para el gusto.

No lo olvide el artista, y repitámoslo de continuo: el arte no sirve sino á la belleza; el arte no se inspira sino en la belleza; no vive sino por la concepcion de la belleza, que cumple el espíritu del hombre, por la libre, libérrima accion de todas sus facultades y de todas las cualidades de su ser y de su esencia. El arte, como la ciencia, se ha emancipado de toda autoridad terrena é histórica, de toda autoridad que habla con la lengua de los hombres, y sólo acata aquella divina que no habla, sino que se mueve y nos enseña en el secreto de la conciencia.

Aceptemos con serenidad la herencia artística

que nos deparan los tiempos; admiremos los infinitos mundos abiertos á la fantasía creadora por esta revolucion artística que la permite recorrer desde las hipóstasis divinas hasta el empeño misterioso en que se ve el dinamismo natural en la celdilla microscópica del órden orgánico, libando en cielos y tierra; pero no callemos tampoco los peligros mayores que rodean al artista en esta cruzada en que no lleva cruz al pecho que lo patrocine ó lo ampare. El arte heterodoxo es el arte de Job y Sóphocles, de Eurípides y Cervantes, de Shakspeare y Goethe, de Lessing, de Shelley y de Hugo, de Leopardi y Niccolini, de Musset y de Byron, y exige una inspiracion profunda y hermosa, tendiendo al dichosísimo extremo en que cada estrofa evoque un mundo de realidades divinas en el alma humana, en las que se fundan de altísima manera la realidad con la belleza. El arte heterodoxo busca la intuicion meditando, encuentra la idea en el estudio, y la ciencia se convierte en ley fecundadora, resolviéndose la ciencia, y la vida, en una adorable unidad por la eficacia de la creacion artística. Siempre fué difícil el arte; más difícil en cada edad, pero hoy dificilísimo.

De esta manera debe, en mi juicio, definirse el arte contemporáneo, y el concepto expuesto explica las múltiples y variadas tendencias, las excelencias y los lunares señalados con tanto lucimiento por los críticos que han estudiado el caso en esta discusion. El arte contemporáneo se inspira en la conciencia racional y cristiana de la edad presente; se inspira en la idealidad religiosa y humana que el espíritu cristiano ha creado, y que, interrogado con

toda libertad por la ciencia, por el arte y por la vida, mantiene y fortalece la historia del mundo.

Con este concepto me explico la exaltacion realista expresada con talentos dignos de mejor fortuna por el Sr. Vidart. Se trata de las conexiones de lo real sensible con la belleza. No es sólo bello el concepto y la idea; no hay sólo belleza en el drama trágico de Shakspeare; hay belleza en la vida; es belleza la gracia, lo es lo cómico, lo es el ridículo, lo es el humor, y áun en estos términos la enseñanza es verdadera, porque la belleza penetra y colorea todos los mundos, así el de lo inteligible como el de las realidades sensibles.

¿Pero es bello todo lo que es y basta ser para que la belleza se predique como su atributo necesario? El Sr. Vidart no ha sostenido este extremo, ni cree en la identidad de uno y otro concepto, ni tampoco cree que el arte sea otra cosa que la realizacion de la belleza. ¿Qué significa entónces el realismo? No repugna, ántes al contrario, cuadra con la índole y ministerio de la belleza considerada en el conjunto total de sus grandezas, estimarla como crecimiento del sér, que lo modifica y altera profundamente, porque son cada vez más reales, más verdaderas, se declaran mejor sus esencias y su potencialidad.

En este sentido, presentido en algunas creaciones del arte realista, crece el hombre, crece su sentimiento; sus facultades cognoscitivas se avivan y depuran, y la belleza acompaña á todos y á cada uno de los grados de este crecimiento. Desde la embrionaria é instintiva vida del paria ó del bozal, hasta la divina de Santa Teresa de Jesus, Fenelon, Hegel ó Krause, la belleza fija, preside y dirige ese

aumento del sér, de cualidad más preciada á medida que asciende en la perfeccion.

¿Florecerá todo lo humano, es decir, será realmente belleza en la sucesion indefinida de los tiempos? ¿Florecerá todo lo natural en la sucesiva evolucion de las edades por ministerio del hombre, y la belleza tendrá asiento donde quiera que se declare el sér, la esencia ó la vida? No seré yo quien lo niegue, y no haría bien en callar que así lo creo y así lo espero contando con las leyes divinas del arte moderno, que ha de concertar al salir del período heterodoxo todas las antimonias y oposiciones que hoy aparecen y estallan en la vida contemporánea.

Pero este realismo que supone realizada la perfeccion y cumplidos todos los fines y expresada toda la esencialidad en la naturaleza, en el arte y en la vida; ese realismo que, creyéndose en dias de eterna y paradisiaca primavera, se sienta ya para copiar con amor lo natural, porque lo contempla como redimido y santificado por la belleza, no tiene de realismo sino el nombre, y es, en verdad, una ardiente aspiracion ideal, fiebre y delirio del ideal, que convierte á los ojos extraviados del artista en ejércitos los mansos rebaños y en gigantes las temblorosas aspas de miserables molinos manchegos.

Abandonamos el mundo de las idealidades, por más que creamos en su verdad y en su cumplimiento en la edad futura; reprimamos, tratando del arte, el vuelo de la aspiracion, manteniendo en su verdad uno y otro término, *idealidad bella* y *bella realidad;* pugnemos por los medios de la ciencia y de la voluntad en que se aunen y estrechen y adquiera realidad lo ideal, y sea la realidad hermosa

forma de lo ideal; que no toca á la poesía dramática anticipar términos y momentos que sólo engendra la dialéctica de la historia.

Muy cierto, como ya dijeron famosísimos estéticos, que con el arte cristiano se abre la edad del arte romántico en que el fondo sobrepuja á la forma y el genio la traspasa y la aniquila buscando una purificacion mayor del medio sensible. Cierto que ese arte cristiano y romántico atraviesa hoy momentos de difusion en que descompone, bajo el criterio heterodoxo, la unidad de la inspiracion primera por una refraccion casi infinita; cierto que vive el genio buscando tipos simplicísimos en los grupos antiguos, renovando á mejor luz los históricos, fecundando lo que quedó yermo y estéril ó mal sano en la vida pasada, descubriendo nebulosas inmensas en cada una de las ideas y de los amores que saltan del palpitante seno de la humanidad al luchar en los sublimes conflictos de la fe, la esperanza y la caridad; pero llevemos entendido que la perfeccion es el único medio legítimo de subordinar la forma al fondo, y que el movimiento dialéctico ha de reconstruir y reconstruirá en lo futuro la mónada sintética del arte libre cristiano, llamado á ser en futuras edades, nuevo peldaño en la escala inmortal que lleva á lo infinito.

Dejando á un lado disertaciones de filosofía del arte, decía yo en otra ocasion, y ahora repito, que estos dos términos de idealidad bella y bella realidad se llamaban en el arte Murillo y Velazquez, Calderon y Shakspeare; repito tambien ahora que el infinito espacio comprendido entre esos dos polos debe poblarse y se poblará con las creaciones del

arte moderno, porque señalan los dos términos entre los que se mueve y se moverá la inspiracion de estos siglos.

No necesita, por tanto, el arte la transfusion de sangre realista que nos propinaba como medicina salvadora el Sr. Vidart: á nada conduciría tampoco volver la vista con gritos de dolor y ayes de arrepentimiento á los serenos dias de la edad ortodoxa, como quería el Sr. Menendez Rayon. Es tarde. Ni renacimientos ni imitaciones. Las velas estaban tendidas, y briosamente las hincharon las tempestades del espíritu: partió la nave, y continúa viento en popa su derrota, alejándose más y más del tranquilo puerto en que deseaba el Sr. Rayon se balanceara sobre las aguas, eternamente inmóvil con fuertes cables y fortísimas anclas. No tema, mi querido amigo: con los ojos fijos en la conciencia humana siempre será feliz la navegacion, porque Dios ni quiere ni puede abandonarnos.

No es llano agotar el tema ni recordar siquiera los innumerables problemas críticos que á cada paso suscitaba la discusion; pero en mi sentir se explican todos recordando los caracteres propios del arte contemporáneo que he pretendido definir. Con estas palabras terminaría mi enojoso trabajo si no contuviera el tema un segundo extremo tenazmente discutido por todos los oradores que han ilustrado el debate.

Afirmando los más la decadencia del arte español, preguntaban á renglon seguido: ¿Cómo detener los progresos del mal? ¿Cómo inspirar más y mejor al genio dramático? No veo la decadencia, y por lo tanto, el cuestionario no me interesa en el sentido que interesaba á los oradores aludidos; pero me in-

teresa en otra relacion, que es la de la influencia del arte en la sociedad.

Apetezco, no sólo por el arte, sino tambien por la sociedad, todo lo que contribuya á dar más eficacia y energía á la accion del arte sobre el espíritu, y considero que es el arte uno de los intereses permanentes de la sociedad, como lo son la religion y la ciencia.

Si el Estado protege la religion, sufragando el culto y el clero de una religion ó de todas las religiones que encuentren fieles y adoradores; si protege la ciencia subvencionando universidades, escuelas y bibliotecas; si no olvida á la pintura, á la escultura y á la música, ¿por qué no ha de proteger á la dramática, que reune mejores títulos, si cabe, para merecer esta atencion por parte del Estado?

¿Es que no debe el Estado hacerlo, porque no está en su esencia, ni alcanzan á tanto sus atribuciones? No discutiré este tema hoy; pero contradictor antiguo y tenaz desde mis primeros años, y en este sitio, del concepto y nocion del Estado, de la escuela de Bastiat y Molinari; educado, por el contrario, en la de Ahrens y Roeder, no sólo no repugno, sino que afirmo que el Estado, sin negar la libertad de todos y de cada uno, debe prestar su concurso al arte, á la ciencia y áun á la religion, no en forma de privilegio á secta, escuela ó confesion, sino de la manera general propia de la nocion del Estado. No es el Estado pobre representacion de la fuerza coercitiva del derecho, ni es tampoco el derecho, mera condicion formal de la coexistencia de las individualidades en asociaciones pactadas. Pero repito que no es del momento la tésis, y vaya la afirmacion como testimonio de que no entiendo limitar

ni impedir el santo y natural ejercicio de todas las libertades al señalar al Estado deberes morales y legales para con la vida social. El individualismo económico y político será siempre, como método negativo, útil auxiliar de la crítica social; pero será siempre estéril é infecundo para el cumplimiento y progreso de la libertad y del derecho.

Pero ¿comporta el arte dramático ese auxilio y apoyo del Estado? Sí, y más que ninguno, como nos lo enseña la tradicion histórica; porque el poeta dramático necesita escena y actores, y escena é intérpretes flexibles y sumisos á su mandato, y el Estado puede procurar lo uno y lo otro.

¿Pero debe el Estado censurar y elegir obras y poetas? No: porque de esto no sabe el Estado. Debe mantener una escena en que no se den anacronismos arqueológicos é indumentarios que provoquen la risa; una escena que conserve vivos los recuerdos de las grandes creaciones del arte, desde Sóphocles á Manzoni y Hartzenbusch; desde Aristophanes á Breton de los Herreros; una escuela que presente ejemplos y modelos á los actores y á los autores, y cuyo repertorio se acaudale con las obras contemporáneas que el aplauso público levante y enaltezca, y áun con aquellas cuyo mérito sobresaliente despierte el afan de verlas representadas por el voto autorizado de claustros, academias, ateneos y corporaciones literarias de fama y nombradía. Ni áun añadiendo á este pensamiento la creacion de grandes premios propuestos por el Sr. Rayon para las obras que consiguieren un número de representaciones que fuesen testimonio inequívoco del juicio público, creo yo que se coarta la libertad teatral y

se impone criterio á la inspiracion, ni se establece un temeroso precedente para la intrusion del Gobierno en las sagradas esferas del pensamiento, como temía el Sr. Montoro. No negaré que pudiera suceder; pero crea el Sr. Montoro que los gobiernos que propenden á esas funestas intrusiones menoscabando derechos y libertades, cuidan poco de precedentes y están avezados á fiarlo todo al soberano golpe de su arbitraria voluntad.

Ni parciales ni contrarios de esta creacion artística han entendido sirviera el nuevo instituto para crear poetas dramáticos; que harto sabemos todos que sólo pertenece esa creacion á las leyes divinas, generadoras é impulsivas de la vida espiritual.

Pero el estudio verdadero de la poesía dramática no es posible sino gracias á esos institutos; y recordando otros pueblos que los disfrutan y se han deleitado hasta con representaciones Terencianas y Plautinas, aspirábamos á una decorosa y lucida de las joyas de nuestro teatro antiguo y moderno por autores no apremiados ni constreñidos por las necesidades de una industria maltratada por la concurrencia. ¿Cuándo gozaremos de nuevo el Pelayo ó el Edipo, Virginia ó Catalina Howar, Sardanápalo ó El Tetrarca de Jerusalen, Angelo ó Luis XI?... nunca. Y si la obra dramática no se conoce sino asistiendo á la representacion, como decía el Sr. Rodriguez Correa, y decía bien, no conocereis ni á Sancho Ortiz ni á Otelo, ni á García del Castañar, ni al sombrío protagonista de *El condenado por desconfiado*.

Pero repito que el impulso vivificador de la inspiracion dramática no vendrá del Estado: no hay quien tal crea. Ese impulso es obra de todos: se

debe á la accion general de todos los elementos y de todos los institutos sociales, políticos y religiosos. Nadie huelga ni nada es infecundo en esta tarea, porque todo concurre á levantar y sostener la instruccion, á encarecer la estima de la virtud, á predicarla y ponerla en ejercicio y ejemplo, á inspirar repugnancia y aversion á la grosería y al vicio; á solazarse con lo alto, con lo extraordinario y lo perfecto; á sentir con mayor sinceridad; á conocer con más verdad; á buscar, por último, algo semejante á lo divino en el fondo de nuestra conciencia y en la razon y fundamento de nuestros actos. Y esta accion incesante de lo inteligible y de lo amable, mantenida y comunicada de unos á otros, contradicha ó demostrada por estos ó aquellos, al difundir la belleza por el alma del siglo y por la vida general, agita y enardece los espíritus con silenciosos estremecimientos y pasmos indecibles, hasta que el elegido encuentra el verbo creador.

¿Qué requiere y exige esta fecundacion constante é inacabable del espíritu del siglo por sí mismo y por lo divino? Una sola cosa, una sola condicion, hacedera, fácil, justa, que á nadie daña, que á todos aprovecha, que honra á Dios, que enaltece al hombre y dignifica á las naciones que la practican con devocion y la escriben en sus leyes con claridad. Una sola cosa: la libertad.

Con la libertad del espíritu en artes, en ciencias, en religion, en las manifestaciones científicas, artísticas y religiosas, vivirán y crecerán de manera que asombre, el arte, la ciencia y la religion, y con ellas la dignidad humana; porque ya en este siglo la libertad es para el espíritu más que la luz, más que

la vida: es la esencialidad del mismo espíritu. Y como yo creo que la conquista de la libertad es irrevocable, sin que me preocupen los fuegos fatuos que se escapan de antiguos sarcófagos, confío y espero en la futura grandeza y en la inmortalidad del arte dramático en esta tierra santificada por las cenizas de Lope y Moreto, Tirso y Calderon.

He dicho.

